

# GLOSAS A NACIONALISMO Y DESARROLLO

JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA,  
*de la Comisión Económica para  
América Latina*

EL MANDATO QUE me han impuesto los organizadores de esta Conferencia, comentar el trabajo presentado por don Daniel Cosío Villegas, es para mí tan honroso como placentero, porque no significa otra cosa sino reanudar el diálogo que hace ya bastantes años tuve la suerte de comenzar con el ilustre historiador mexicano. Pero no dejo de sentir al comienzo de esta nueva "conversación" un sentimiento de "temor y temblor". Nadie tema por esta alusión que pueda desviarme por los caminos de un ensayo existencial, porque sólo voy a referirme, del modo más ajustado posible, a los temas que el trabajo de Cosío me presenta. Trataré por eso de hacer todo lo que pueda por no desbordar la medida, a pesar de que estoy ante un campo de tan extrema y sugestiva complejidad como es el de las relaciones entre "nacionalismo y desarrollo". Mi "temor y temblor" se me imponen en este instante porque me obligan al vicio impune de hablar en primera persona, lanzando por delante mi "yo" nada conspicuo. Más también en este caso el empleo de la primera persona no me obliga a caer en trance de autobiografía, sino que es el resultado de dos ineludibles situaciones psicológicas, que espero, sin embargo, superarlas como tales, para convertir lo más pronto posible lo personal en universal y la anécdota en categoría.

Comentar el trabajo de Cosío supone dialogar de nuevo, como dije, con el amigo. Y la amistad —esa humana relación cada vez más difícil en nuestros días— está hecha, como se sabe, por aproximaciones y distancias, reservas y efusiones, y alguna que otra cicatriz de pequeños arañazos. Se trata, en

suma, en la amistad, de un esfuerzo de comunicación, logrado sólo de cuando en cuando. Pero cabalmente, como ha sido reiterado por diversos filósofos contemporáneos, la posibilidad de la comunicación es uno de los más importantes, quizá el esencial, de los problemas de nuestro tiempo. En este sentido, las dificultades de la comunicación en el "encuentro" entre dos amigos se transponen objetivamente en los obstáculos mucho mayores que se ofrecen en el diálogo y comprensión recíproca entre colectividades, pueblos y naciones.

Pero el diálogo con mi interlocutor es, en este caso particular, algo mucho más preciso y simbólico, pues se trata del contacto entre un mexicano y un español. Quizás alguien pudiera pensar que lo espinoso de semejante conversación provenga en este momento de que el español se crea obligado a adoptar alguna actitud "reivindicatoria" ante las afirmaciones de su amigo mexicano. Pero no se trata en modo alguno de eso. Ese diálogo y sus contratiempos trascienden también y de inmediato el primer plano, para convertirse en el problema general de la comunicación entre el español y el hispanoamericano. Y debo declarar que sobre esa comunicación o relación no está dicha todavía la última palabra. La experiencia del español en países tan emparentados con él —una experiencia, en mi caso, de larga duración— es difícil de explicar y de definir. Consiste en una experiencia singular, para la que no existe todavía la categoría adecuada en los resultados del pensamiento científico. Porque en manera alguna el español puede sentirse auténtico "extranjero" en los países hispanoamericanos, y no valen por eso para su situación las sutilezas psicológicas en que penetrara Simmel y que han continuado luego otros pensadores. No es mi intención, sin embargo, tratar de emular —perforándolos en lo posible— esos profundos análisis psicosociales del viejo maestro, para desentrañar el tipo de vivencia del español en su peculiar calidad de extraño y próximo al mismo tiempo frente al hispanoamericano. Conviene simplificar por el instante el análisis y atenerse al mero recuerdo de algunos hechos de carácter histórico y sociológico, que tienen, para el caso, un valor fundamental. En su expresión más sencilla, puede

sostenerse que españoles e hispanoamericanos vivimos de dos experiencias radicales y al mismo tiempo contradictorias; es decir, sobre la de un "sobre-entendido" y sobre la de un "mal-entendido", no superado éste todavía. El sobre-entendido es de suyo evidente. Su existencia explica la facilidad con que compartimos de inmediato las experiencias comunes que nos afectan, desde las de máxima importancia hasta las más mínimas e insignificantes de la vida cotidiana. Un "sobre-entendido" que nos lleva por ejemplo a participar, casi inconscientemente, sin darnos cuenta de la legal extranjería, en la vida política de unos y otros de nuestros países. No es necesario recordar ante un mexicano en qué forma el suyo, como todos los demás, vivieron casi a la misma altura pasional, los desgarrones de la guerra civil española. Y en qué forma México compartió luego los esfuerzos, las esperanzas y las menudas preocupaciones de toda índole de los españoles acogidos en su territorio. Ahora bien, ese "sobre-entendido" es general entre todos nosotros pero no pasa de ser más que el fundamento de una "posibilidad".

Pero junto con el "sobre-entendido", vivimos asimismo por igual sobre un "mal-entendido" tenaz, difícil de vencer por unos y por otros. Ese "mal-entendido", antes de toda interpretación freudiana —los dioses me eviten perderme en el laberinto del asesinato del padre originario u otras explicaciones semejantes— exige sin embargo ser expresado en el lenguaje que la vulgarización de la doctrina ha hecho patrimonio común. Pues se trata de algo así como de dos complejos antagónicos, que constituyen la última resistencia irreducible en nuestros esfuerzos de un total entendimiento. Ambos complejos son casi contemporáneos desde el momento de la constelación originaria del hecho histórico de la superposición (Conquista) y de la asimilación recíproca que la continuó (colonización), pero se agudizan todavía más a partir de la constelación secundaria o derivada, que significa el momento de la Independencia. Por un lado persiste el complejo del dominador, que no olvida la supuesta ingratitud del hijo rebelde. Por otro, está el complejo del independizado, que para sentir esa independencia plenamente, se creyó

obligado a renegar “públicamente” de todo lo que significase el poder tutelar del que se desprendía. Ese juego contradictorio y penoso que constituye el supuesto de nuestro “mal-entendido”, sigue todavía gravitando a pesar de la retórica sentimental de las grandes solemnidades. Y aunque esta contradicción se vive en todos los países hispanoamericanos, sabe muy bien mi amigo Cosío qué intensidad llega a alcanzar en el suyo esta expresión de ambivalencia, tan ingrata en su aspecto negativo como inapreciable en el positivo. Frente al mundo luso, la comunicación del español y del americano de lengua castellana es distinta. En la península persiste por inercia una irracional separación, que volvió por completo de espaldas a dos países contiguos y fraternos, sin que, sólo en casos excepcionales, se abriera la hendidura luminosa de una auténtica comunicación. Se impone recordar por eso como su gran “paradoja” de hecho, que los hombres de mi generación debieron a un vasco su iniciación en el amor y la comprensión de los grandes valores del país atlántico. En el mundo americano la situación es por fortuna diferente y son más fáciles las relaciones con el brasileño, sin que esa mayor facilidad nos engañe hasta el punto de cantar ahora, como victoria definitiva, el hecho de una plena comunicación. Ahora bien, ¿cuáles son las relaciones, no ya del español frente al hispanoamericano —distendidas entre los polos de los “sobre-entendidos” y “mal-entendidos” mencionados— sino entre los hispanoamericanos entre sí? El “*sobre-extendido*” se ofrece entre ellos con idéntico alcance y significación y no hay por el contrario el “mal-entendido” engendrado en la “fatalidad” de la constelación originaria. También en los grandes momentos oratorios y solemnes se evoca y se insiste en la fraternidad, pero es muy problemático que semejante hermandad haya logrado todavía su cabal autenticidad. Lejos de nosotros toda extrañeza y lamento. Pues ¿por qué ha de dolerse el español de los impedimentos del diálogo con el hispanoamericano, cuando entre nosotros mismos, pasados ya veinte años de una lucha fratricida, tienen los más sensibles espíritus de uno y otro bando que esforzarse por iniciar de nuevo el entendimiento roto desde entonces? La amistad es

difícil como hecho individual y hay que cuidarla con exquisito cuidado para que no muera un día, con la ruptura definitiva —en su puro sentido filosófico— de la "comunicación". Pero si la misma es difícil en el caso personal, y acabamos de ver que tampoco es sencilla entre colectividades que viven de raíces comunes, ¿cómo sorprenderse entonces —en esta conferencia— que las dificultades de comprensión recíproca sean todavía mayores cuando se trata de colectividad en que el "sobre-entendido" no existe o es en extremo precario por su mayor abstracción?

LA TESIS PRINCIPAL de Cosío es a todas luces que el nacionalismo de los países hispanoamericanos tiene un carácter predominantemente "negativo e irracional" y trata de justificarlo con razones históricas que comparto casi íntegramente. Pero mi problema es preguntarme ahora qué es lo que significa este nacionalismo irracional que Cosío formula y justifica. Es el momento, como prometí, de evitar toda digresión sobre el cúmulo de temas que las palabras "nación", "nacionalismo", "conciencia nacional", etcétera, llevan consigo. Las corto, pues, de raíz y me limito a la siguiente escueta reflexión: pienso como rigurosamente certero el hecho aludido por Cosío sobre el carácter esencialmente europeo de las categorías históricas "nación" y "nacionalismo", que son hoy para Europa, con los hechos que arrastran, con lo mejor de su gloria, su más penosa desdicha. Y en este punto, sin desdén alguno por los autores eminentes que Cosío cita, yo invocaría tal vez la figura de Meinecke, porque en su obra misma, como en otros grandes hombres de su tiempo, penetra dentro de su rigurosa especulación intelectual, la vivencia personal más aguda del drama histórico de semejante creación europea. Como tampoco puedo menos de señalar, con igual valor representativo, la contradicción entre el Max Weber de su famoso *Discurso inaugural*, y el Max Weber de las escasas páginas de *Economía y Sociedad*, que son sin duda alguna el "desenmascaramiento" más incisivo nunca realizado de lo que han sido la nación y el nacionalismo.

Europa difundió con su racionalismo —es decir, con su ciencia y con su técnica— el reverso quizá inevitable de sus más desbordados “irracionalismos”. Y hoy los europeos, o los occidentales si se quiere, no dejan de deplorar ese aspecto de su propia obra.

Si no me hubiera impuesto eludir, como inoportunas en este diálogo, consideraciones de tipo académico, tendría que realizar con todo el aparato y quizás la jerga del análisis sociológico, una tipología de los actuales “nacionalismos”. Pero sin intentarlo siquiera, tengo que aludir en forma familiar a algunos puntos esenciales que me son necesarios para responder a la cuestión que antes me planteara frente a la tesis de Cosío. Hay en la actualidad naciones de tan vieja solera, tan hechas y tan seguras de sí mismas, que pueden —más allá del bien y del mal— prescindir de todo “nacionalismo”. Quizá Suecia, quizá la Italia ejemplar de los años posteriores al “movimiento” musoliniano. En el otro extremo, se encuentran los pueblos que, en frase de R. Aron, aparecen como “nationalismes en quête de nations”: el caso de los pueblos africanos, recortados artificiosamente en la hora del reparto, y que en el momento aglutinante de su independencia tienen que aunar todavía las más dispersas diversidades tribales. Están, por último, invirtiendo la frase anterior del sociólogo francés, las que pudiéramos denominar “nations en quête de nationalismes”. Pues bien, ésta y no otra es la situación en que se encuentran los más de los países hispanoamericanos, si se entiende desde luego esta frase —la busca del nacionalismo— con el solo significado de la condición histórica de algunos pueblos que tienen aún que conseguir una conciencia clara, firme y segura de sí mismos. O si se quiere, de pueblos que todavía no han alcanzado su plena “integración nacional”. ¿Por qué sorprenderse de tal situación, si de un pueblo tan viejo como el alemán pudo decir uno de sus actuales filósofos que encarnaba el tipo de una “verspätete Naation” (Plesner)? En otros países más jóvenes ese rezago, semejante retraso, es ciertamente mucho más claro y comprensible. Los pueblos hispanoamericanos son, en ese sentido, naciones “rezagadas”: todavía no se encuentra acabada con

plenitud su "organización" nacional y el impulso de su "conciencia" por ese camino sólo se ha agudizado intensamente en décadas muy próximas. Su conciencia nacional —término ineludible— carece todavía de una "fórmula" de netos perfiles. En este sentido el nacionalismo negativo, cualquiera que sea su justificación histórica —y no puede rechazarse sin más la de Cosío— representa de modo necesario la simple manifestación histórica de esa su condición de rezagamiento. Nuestro tiempo marcha velozmente y ciertos retrasos se superan con celeridad increíble. El rezagamiento de los países hispanoamericanos como "naciones" es superable —no sin esfuerzos conscientes en esa dirección— sin extremadas dificultades, y se alcanzará sin duda en fecha no lejana. Cuando esa transformación se logre por completo, ese "nacionalismo negativo" desaparecerá por sí mismo y sin residuos.

ESE "NACIONALISMO POSITIVO" que supone la clara conciencia de una determinada "organización social" se traduce, en consecuencia, en un programa no menos netamente definido de acción. Lo que quiere decir, en el día de hoy, que la plena integración nacional y el "nacionalismo positivo" de los países latinoamericanos están ligados —en una de sus facetas más importante— a su capacidad de desarrollo económico y a su disposición para formular una política internacional propia y rigurosamente destacada frente a las circunstancias cambiantes del mundo actual.

Quizás, como es cosa más sospechada que explicada con todo rigor, desarrollo económico e integración nacional se condicionan recíprocamente. Y para no ser banal, el tema exigiría algún esfuerzo. Tengo que limitarme, sin embargo, a aludir aquí al simple hecho de que el desarrollo económico se ofrece al mismo tiempo en el plano interno y en el nivel internacional. Por lo que al plano interno se refiere, no tengo ahora —en estas premuras— sino hacer más las tesis que durante largos años de labores ha propugnado la CEPAL y que tienen hoy un reconocimiento general si no por completo unánime. Y esas tesis son en esencia las tres siguientes: 1) la teoría de la relación de precios del intercambio; 2) la exigencia de la pro-

gramación como instrumento de desarrollo, y 3) la necesidad de crear zonas supranacionales de mercado económico. En otras circunstancias, mi tarea consistiría no en examinar esas tesis en su significación estrictamente económica, sino que me esforzaría más bien por defenderlas y explicitarlas en el ámbito de la sociología y de la historia. Y la tarea no dejaría de ser sumamente interesante y no sólo como ejercicio intelectual. Así, a título ilustrativo, la teoría tan sobriamente económica de la relación de precios del intercambio, que supone el empeoramiento de la posición económica de los países marginales frente a los grandes países industriales, ofrece, cuando se la examina desde un punto de vista sociológico, un contenido, por determinada vía al parecer insospechada, que sin duda alguna no sólo la confirma, sino que la amplifica y explica algunas de las repercusiones posibles de lo que en principio sólo parece un empeoramiento de las relaciones económicas. En definitiva, se trata de que las grandes sociedades industriales son estructuras de "tipo elitario" que sólo alcanzan esa condición por la aceptación generalizada del criterio del "rendimiento" para la formación de sus grupos dirigentes. La continua formación de esas élites a base del rendimiento "comprobado" técnico y científico determina que la distancia sea también cada vez mayor en todas las dimensiones frente a otras estructuras sociales en que la composición de su economía no les obliga a cuidar con igual rigor la misma variedad de sus cuadros directivos.

Algo semejante ocurre con la tesis económica de la necesidad de crear mercados de mayor amplitud a través de las zonas de libre comercio u otras formaciones semejantes. Pues implica, cuando se la analiza un poco más a fondo, un requerimiento que va mucho más allá de lo propiamente económico y que se traduce, y debe traducirse, en la exigencia de una auténtica capacidad de organización política. Con estas alusiones baste por el momento.

Los aspectos internacionales del desarrollo económico se refieren a tres puntos, no menos conocidos por todos en los momentos actuales: a) el de la explotación de ciertos recursos fundamentales, mineros sobre todo; b) el de la estabili-

zación de los precios de los principales productos de exportación, y c) el del financiamiento o utilización de capitales extranjeros. Todas y cada una de estas cuestiones son de un contenido rigurosamente técnico, sobre las que es en todo instante posible un compromiso razonable. No puede negarse, por otra parte, que en su mayor o menor peso, derivan del tipo de estructura socio-económica de los distintos países; y por eso en este punto una adecuada tipología de los países subdesarrollados aclararía en extremo la orientación que unos u otros están obligados a buscar en ciertas circunstancias dentro del campo clásico del "comercio internacional".

Pero siendo verdad que se trata en principio de cuestiones susceptibles de ser analizadas con el más frío rigor técnico, y de ser resueltas en consecuencia —durante cierto tiempo, mayor o menor— por determinados "compromisos" estrictamente racionales, no lo es menos también que sobre ellas pesan las irracionalidades y tensiones a que está sujeta la vida política nacional e internacional, y los conflictos por tanto que derivan de la falta de comunicación entre los pueblos. Pero de todas esas irracionalidades quizá sea la más decisiva y fundamental la que proviene de la imprecisión con que los más de nuestros países formulan sus distintas políticas internacionales. Con esto vuelvo a reconocer la completa razón de la tesis fundamental de Cosío. El nacionalismo emotivo, irracional, de nuestros países los incapacita para sentirse seguros en los momentos en que es necesario formular y sostener una política internacional, no sólo propia —nacional— sino la necesariamente común con los países retóricamente abrazados como fraternos. En esencia, la más grave deficiencia de los países hispanoamericanos en la hora actual estriba en las vacilaciones, en la mayor parte de los mismos, de una política internacional "suya", claramente definida, sostenida con firmeza y serenidad y no abandonada a los bandazos del oportunismo del momento.

Hace ya algunos años quien esto escribe y a brazo partido con el riesgo envuelto en toda "interpretación" de los acontecimientos contemporáneos —a la postre siempre lo dejan a uno rezagado— se planteó ese problema en un libro juve-

nil, en donde, sin pretenderlo, se deslizó alguna que otra profecía que luego se ha cumplido con los años. La validación de esa profecía, según la intención, puede llevar a oscilar entre la ironía de la fábula que hiciera sonar por puro azar la flauta al asno, o el desgarrarse las vestiduras, como cumpliera una famosa periodista francesa en dolorosa justificación de su involuntario papel de Casandra. La cosa, sin embargo, es mucho más sencilla y está más allá del buen humor o del patetismo, pues se trata simplemente, como en casi todo caso de pronóstico histórico, de lo que no es más que la simple prolongación —extrapolación, para decirlo a la manera científica— de hechos bien visibles y en pleno curso. A partir de esos años, volvió a fallar, en efecto, la coherencia de una política internacional propia y mancomunada de los pueblos hispánicos. Pues difícilmente la mano extendida del pedigüño y la pierna pronta a la zancadilla, son la postura que permite mantener la aplomada actitud que exige todo diálogo entre iguales.

Pero falló a su vez la comprensión por el mando casi hegemónico del momento de que la revolución *profunda* de Hispanoamérica no era cosa para ser frenada, y que lo más eficaz hubiera sido su estímulo y promoción desde arriba. Este doble fallo caracteriza los veinte últimos años de nuestras relaciones, tanto recíprocas como con los Estados Unidos. Desde entonces el proceso histórico ha sido vertiginoso. A la casi hegemonía sucedió la bipolaridad, y a la bipolaridad una compleja situación que permite, a falta de otros términos, el fenómeno del llamado neutralismo. Cada una de esas situaciones tenía que haber sido enfrentada con una clara visión de las exigencias de las políticas nacionales y del peso y responsabilidad que todos, pequeños y grandes, tienen hoy en la conservación de la paz mundial. Pero más importante que esos rápidos cambios, apenas captables en los intentos de la periodización histórica, es el hecho decisivo al que asimismo alude Cosío cuando nos habla de que los viejos países históricos han perdido para nosotros su "ejemplaridad". Esto es cierto y lo es quizá por una razón más profunda y generalizada— la experiencia quizá más grave por que pasa el mundo contem-

poráneo, la que constituye la muerte de la Utopía por el hecho cabalmente de su realización. No hay "ways of life" que exportar. Y no son exportables porque las grandes sociedades industriales en sus actuales estructuras, quizá convergentes, han eliminado para todos, en el mundo actual, la ilusión del futuro utópico. El tema que aquí se apunta, llevaría al sociólogo a discutir sobre las características de esas sociedades industriales y a participar en la polémica intelectual que las mismas suscitan, es decir, a preguntarse por el posible significado "esencial" de sus diferencias. Pero el filósofo se enfrentaría —no cabe eludirlo— con el problema tremebundo si es o no posible vivir en un mundo sin Utopía. Por incitantes que sean todas esas cuestiones, son demasiado complejas para examinarlas ahora, pero vale la pena tomar nota de ellas y consignarlas al menos para una meditación ulterior.

Parece que nenhum deses dois sistemas imperiais —nen o chines, se desenvolver igual élan imperial— se apresentará capaz de verdadeiramente superar os povos hispanotropicals como civilizações já simbióticamente eurotropicals, se os povos hispanotropicals, tornando-se conscientes do que valem juntamente com a Espanha e com Portugal, como civilizações novas, nem subeuropeias em suas possibilidades, em seus recursos e em seus designios, nem tao-pouco antieuropeias, se constituirem por sua vez num sistema que tem a seu favor nao só uma teoria —a esboçada sob a designação, de "hispanotropicalologia"— como uma obra já realizada, de integração de valores europeus nos trópicos, em que esses valores se vem juntando, de modo harmónico e ecológico, a valores tropicals. Sendo assim, a articulação das civilizações hispanotropicals num sistema transnacional de cultura, de economia, de política, se apresenta como uma necessidade. . .

Gilberto Freyre

A FIN Y AL CABO, quiérase o no, Hispanoamérica pertenece al mundo occidental. Pero entiéndase bien, siempre que con esta frase se eluda tanto una simple trivialidad como, lo que todavía es peor, un falso lema político tan vacío como pe-

ligroso. No quiere decir, en definitiva, sino que Hispanoamérica hizo suya hace algunos siglos una herencia, que sin duda comparte con iguales derechos con otros pueblos y que representa un legado que no está vinculado a “una” tradición inmutable y permanente, sino que constituye el estímulo y punto de partida de una renovada creación. Lleva consigo asimismo el imperativo de evadir los peligros de las falsas idealizaciones del indigenismo —quizá históricamente necesarias en el pasado— o de cualquier otro atributo de carácter natural, pues aunque no se desee, conducen a formas de “conciencia nacional” y de decisión política, de cuyos terribles resultados hemos sido testigos no hace mucho tiempo. Hispanoamérica participa del gran “diálogo occidental” y está obligada a continuarlo, de acuerdo con su propio genio en la modelación de las sociedades actuales que son su soporte. Y no está negado que alguna vez pudiera ofrecer, si no el modelo absoluto y ejemplar, sí al menos la imagen respetable de una forma digna de humana convivencia. Sin ese elemento de aspiración universal no es posible ninguna auténtica conciencia nacional. Pero si por herencia histórica —que no es nunca uniforme e inexorable— Hispanoamérica pertenece al grupo de los llamados pueblos occidentales, su comunicación con ellos no es cosa fácil ni regalada. Retornamos así al tema de la “comunicación”, que fue el punto de partida de estas reflexiones. La comunicación, de suyo difícil entre personas, explica, repetimos, que tenga todavía que presentarse más espinosa entre pueblos que no tuvieron que ser necesariamente amigos desde el comienzo de su “encuentro”. Hoy conocemos la extraordinaria preocupación que fuerza a que la investigación científica pueda señalar los principales puntos de tensión que entorpecen la comprensión mutua entre los pueblos. Y una extensa bibliografía sobre el *prejuicio*, sobre la *deformación* recíproca de las *imágenes* nacionales, sobre las *creencias estereotipadas* acerca del *carácter* de unos y otros países, se encuentra ya a disposición de todos. Es natural, sin embargo, que esa investigación haya mostrado especial interés por los problemas y los antagonismos que derivan de los puntos de fricción históricamente más impor-

tantes. Por esta razón, es escaso todavía el acopio de investigaciones que de alguna manera tengan por objeto directo, sea al hispanoamericano visto por los demás, sea a la imagen que éste pueda tener de otros pueblos y naciones. Los conflictos, las tensiones y las dificultades de entendimiento que puedan originarse de las *imágenes* recíprocas entre hispanoamericanos y otros pueblos de occidente son de suyo una posibilidad que merece la mayor atención.

Ahora bien, cuando se trata de los obstáculos en el entendimiento entre los pueblos hispanoamericanos y los de otras regiones de su común veta cultural, es insincero e inútil silenciar que dentro de las más espinosas destaca la contraposición existente entre el mundo hispano y el anglosajón en general, o en su forma particularizada, entre éste o el otro pueblo latinoamericano y los Estados Unidos de América.

Emparentados por numerosos elementos comunes y semejantes a veces en muchas actitudes fundamentales —mayores con el norteamericano que con el viejo inglés— hay empero una contraposición en las concepciones del mundo, que se traduce incluso en la propia lógica de los dos idiomas: el inglés y el español, lenguajes que por su lógica estructura interna son agua y aceite dentro de las formas de expresión. Sobrando ahora cualquiera referencia a los episodios de antagonismo histórico derivados de motivos políticos o económicos —fricción incluso más aguda y secular entre los dos troncos europeos, pueblos señoriales de notoria "extravagancia insular" dentro del continente— basta reconocer el hecho de la referida diferencia anímica para percatarse de que las relaciones entre anglosajones e hispánicos, entre norte y sudamericanos, no pueden ser siempre, en modo alguno, cosa sencilla. Y sin embargo nada más importante dentro de este Hemisferio que sean las mejores posibles. Extraña por eso que el campo de esas "simpatías y diferencias" no haya sido explorado más a fondo. Quizá lo mejor venga del ámbito de las relaciones espirituales y literarias. Tal ocurre en un libro de tan modesta apariencia como de sustancioso contenido, en cuyo subtítulo, *Choque y atracción de dos culturas*, puso Ángel del Río lo esencial del problema, y señaló la vía en el

aspecto de la atracción —de una tendencia favorable al mejor entendimiento futuro. Ese campo sigue abierto al estudio y no sólo dentro de la dirección marcada por A. del Río, sino utilizando las más variadas técnicas de la investigación social contemporánea. Importa, con todo, no olvidar que el reconocimiento de la “dificultad inicial” es cabalmente el comienzo del debido esfuerzo de comunicación. Y es muy posible, como tantas veces ha ocurrido, que muchos impedimentos parezcan algún día “puerilidades” históricas. Estamos sin embargo lejos de ese momento.

Pero si puras circunstancias de nuevo históricas subrayan con mayor dramatismo las tensiones, conflictos y antagonismos entre los mundos hispánicos y anglosajón, esto no quiere decir que no se den en mayor o menor medida con otros pueblos igualmente cercanos como tributarios todos, al fin y al cabo, de la cultura originada en la cuenca mediterránea.

Ahora bien, esa cultura ya no es hoy, ni tampoco se siente, hegemónica. Ha tenido por eso gran interés haber podido seguir en estos últimos meses en la prensa inglesa, a través de su sabrosa tradición de las cartas al editor, la polémica suscitada por la propuesta de la enseñanza del ruso en el nivel secundario. Lo de menos es el dato que supone el reconocimiento flemático de una situación de hecho. Ni tampoco importan los supuestos aspectos técnicos de la discusión: al fin y al cabo el ruso es un idioma indoeuropeo no más difícil que otro cualquiera de esa extensa familia. Lo que interesa es señalar cómo más de uno se ha dado cuenta de que debe iniciarse asimismo en ese nivel de enseñanza el aprendizaje de otras lenguas, como son sobre todo las del próximo y lejano oriente. Reconocimiento implícito de que la pequeña *oecumene* mediterránea se disuelve hoy en la verdadera *oecumene* de todo el planeta. Y no menos interesa para darnos cuenta del tremendo esfuerzo de formación porque habrán de pasar las élites intelectuales del futuro.

En los comienzos de la actual situación, al término de la primera guerra mundial, indicó con agudeza Max Scheler el verdadero camino de un verdadero entendimiento recíproco. No por la vía de un superficial “internacionalismo” nivela-

dor, sino por el esfuerzo de un cosmopolitismo profundo, capaz de salvar las inevitables y originales distancias. Reconocemos hoy la necesidad de una "lingua franca" y sabemos sin duda cuál es ésta. Pero el entendimiento un poco mecánico que proporciona y el inevitable "papiamento" que produce, no debe confundirse con la aspiración al cosmopolitismo auténtico.

El acopio de las diversas e incompletas alusiones hechas hasta aquí sobre la situación del mundo no pueden menos de descorazonarnos un poco al volver de nuevo, para terminar, al tema central de estas páginas. El de la *conversión* de nuestros nacionalismos negativos e irracionales en otros de matiz positivo y racional, con la consecuencia implícita de que seamos capaces de formular una política internacional propia, que ya no puede hacerse sobre el suelo de la tradición hundido definitivamente, para bien o para mal, en 1914, ni menos sobre el recurso de la improvisación oportunista. No nos engañemos pues sobre las dificultades de semejante política internacional. En su fondo, dependen hoy de que los hechos y conceptos de lo "nacional" —nación, conciencia nacional, nacionalismo— ofrecen un matiz muy diferente del que presentaban no hace muchas décadas. Tanto que para algunos son ya puro "problematismo". En definitiva, la política internacional, como la nación y como el nacionalismo —en el sentido al que nos hemos ceñido en estas páginas— constituyen siempre algo abierto hacia el futuro, o si se quiere, algo que mantiene la esperanza de un futuro distinto. Pero ya se dijo antes que el mayor problema del hombre actual es el de vivir con esperanza en un mundo en donde esa expectativa no puede cristalizar ya en ninguna Utopía. Y la añeja política internacional de viejo cauce —conviene declararlo— todavía no ha percibido bien esta experiencia fundamental de nuestros días. Sin embargo, no está dicho que el problema parezca insoluble y que en efecto no pueda vivirse *progresivamente* sin la fe en el Progreso, ni *esperanzadamente* sin la creencia en una u otra Escatología. En este punto no hay escape posible y no puede darse en consecuencia una auténtica política internacional que no ofrezca, de

una u otra manera, un futuro de esperanza, es decir que no se eleve sobre un mínimo de imaginación creadora. El problema histórico del nacionalismo radica en la paradoja de su permanente contraposición entre la "individualidad nacional" que se pretendía única, y los valores absolutos que esa misma individualidad afirmaba encarnar. Todavía hoy, haya o no pasado definitivamente la hora de lo nacional, no hay posibilidad de políticas nacionales, incluidas las de carácter internacional, si no se mantienen con la pretensión de afirmar valores universales válidos para todos los hombres. Pues bien, hemos de reconocer los hispanos parlantes que los brasileños nos han dado una lección en este ineludible esfuerzo de poner en marcha la fantasía creadora y de forjar la imagen de un mundo al mismo tiempo particular y universal. Las palabras de Freyre, que van como lema de esta última reflexión, no son quizá las únicas que puedan hoy encontrarse en el pensamiento brasileño. Pero las he elegido, no tanto por el prestigio de su autor, sino porque ellas muestran con suma claridad las dos notas que nuestra política internacional debe contener. La capacidad de postular la posible perfección de una determinada sociedad —el adelanto imaginativo de lo que puede ser esa sociedad— y la de mantener al mismo tiempo que los bienes que ofrece son para el hombre en general. Más allá de las cuestiones técnicas, en que no es difícil el compromiso, en que debe darse ese compromiso; más allá de los esfuerzos por hacer posible una auténtica comunicación entre todos los pueblos y muy en particular con aquéllos que más nos interesan; más allá o por encima del propósito común de evitar entre todos una catástrofe definitiva, la posibilidad de una política internacional de los pueblos hispanoamericanos está en la esperanza de poder sostener en un mundo sin Utopías, el sentido *comunicable* de algunos valores supremos y elementales —los nuestros— por cuyo goce y depuración continuada valga la pena seguir viviendo.